

Mi familia y la Bella Durmiente cien años después

Silvia Molina

Ilustraciones de Teresa Martínez



loqueleg®

A María, mi nieta

Mi papá

Mi papá usa uniforme y no es soldado, anda en motocicleta y no es oficial de tránsito, toca las campanas y los timbres de las casas y no es vendedor ambulante. Mi papá le tiene miedo a los perros de los demás; sin embargo, tenemos uno muy bravo que se llama Telegrama y ladra de gusto cuando lo ve llegar de uniforme, en su moto.

Mi papá es cartero, y además de ser mi papá y el papá de Paco, el esposo de mi mamá, el hijo de mi abuelita Lola, el hermano de mi tío José y el dueño del Telegrama, que lo sigue a todas partes moviendo la cola de gusto, es quien arregla la plancha, le pone



aceite a las puertas, lava las ventanas, pinta las paredes cuando lo necesitan... y nos lleva los domingos a pasear.

Mi papá se llama Simón, y ayer, cuando regresó de su trabajo, me entregó esta postal que él escribió en clave porque así nos ponemos recaditos en secreto.

Para: Niña curiosa

Domicilio conocido

Completa las palabras con las vocales que hacen falta y verás lo que dice:

M _ r _ q _ _ t _ :

T _ q _ _ _ r _ m _ ch _ t _ p _ p _ .



Mi mamá

Mi mamá sabe poner inyecciones y no es enfermera; le corta el pelo a mi abuelita Lola y no es peinadora. Mi mamá es costurera y muy buena porque tiene muchas clientas. Cuando tiene tiempo, le corta vestidititos a mis muñecas.

Mi mamá, además de ser costurera, hornea unos pasteles de manzana muy ricos —mis favoritos—, canta mientras trapea la cocina, le silba a los canarios mientras les pone alpiste, le hace cosquillas en la panza al Telegrama y le da leche a la Carta, mi gatita blanca; y es, claro, la esposa de mi papá, la nuera de mi abuelita Lola y la cuñada de mi tío José, que nos lee cuentos mientras mi abuelita Lola pone la mesa.

Mi hermano Paco

Mi hermano Paco no es mayor que yo y, tal vez por eso, se encarga de todas las travesuras de la casa. “¡Es terrible!”, dice mi papá. “¡Es desobediente!”, dice mi mamá. “¡Es incontrolable!”, dice mi abuelita Lola; y “¡Es muy simpático!”, dice mi tío José.

Y yo digo que mi hermano Paco es también un buen hermano porque se deja pintar como indio piel roja si jugamos a los indios; se sienta en el volante de la bici si vamos por el pan; y le gusta hacer conmigo experimentos de química con las cremas de mi abuelita Lola y de mi mamá, la espuma de rasurar de



mi papá y de mi tío José, y con la harina y el polvo de hornear de los pasteles de mi mamá.

 Mi hermano Paco puede ser terrible, desobediente, incontrolable o inquieto, pero sin sus travesuras, dice mi tío José, todos estaríamos muy aburridos.

Mi abuelita Lola

Mi abuelita Lola ya no tiene papás: es huérfana, la inocente; y ya no vive su marido: es viuda, la pobrecita. Mi abuelita Lola se llama Dolores, pero no le duele nada. Mi abuelita Lola, dice mi mamá, es una mamá respetuosa y una suegra tranquila; y yo digo que es una abuelita muy consentidora porque, aunque ya soy grande, me sienta en sus piernas y me arrulla entre sus brazos como si fuera su bebita, con esta canción que ella inventó:

Esta nieta mía
de nombre María
quiere que le cuente
cómo nació el día.

Esta nieta linda
que es mi consentida,
quiere que le diga
que es la más querida.

A mi nieta chula,
la abrazo y le canto
que la quiero mucho,
como a nadie tanto.



Mi tío José

Mi tío José no es cartero como mi papá; no vive con nosotros, sólo está de visita por unos días; no se ha casado porque no tiene novia, y no trabaja en una oficina porque es escritor.

Mi tío José escribe novelas para la gente grande como mis papás y cuentos para niños como Paco y como yo; y vino a estar unos días con nosotros porque le dieron un premio por un libro que voy a leer cuando sea grande.

Mientras mi papá reparte las cartas que todos esperan, mi mamá corta las telas para los vestidos que cose, y mi abuelita Lola duerme la siesta, mi tío José juega con nosotros o nos lee cuentos.



Mi tío José es también mi maestro de cuentos porque, si no se le hubiera ocurrido que yo escribiera este cuento, no lo estaría escribiendo; y si no hubiera tenido la idea de poner dentro de este cuento las cartas que soñé y están aquí, no nos habríamos divertido tanto él, mi hermano Paco y yo, aprendiz de escritora de cuentos.

El día de mi cumpleaños, mi tío José me contó este cuento:

La Bella Durmiente



Hubo un rey y una reina que querían tener una hija, y un día se cumplió su deseo. El rey estaba tan contento cuando nació su hija que organizó una fiesta. Como no tenían más que doce platos de oro, invitaron sólo a doce hadas, aunque eran trece. Al terminar el banquete, la primera hada le regaló la bondad; la segunda, la belleza; la tercera, la fortuna; la cuarta, la gracia... Y así, cada una le iba

regalando un don. Cuando la undécima hada acababa de concederle el don de la humildad, se apareció el hada que no habían invitado y dijo furiosa:

—Cuando la princesa cumpla quince años, se picará un dedo con un huso y caerá muerta.

Los reyes se miraron aterrados, y la duodécima hada, que no otorgaba aún su don, dijo:

—La pequeña no morirá: quedará dormida cien años.

Para salvarla del castigo, el rey mandó quemar todos los husos del reino, y la princesa creció hermosa y buena, inteligente y humilde, y todos la querían mucho.

Poco después de cumplir quince años, la princesa descubrió una torre que no conocía. Subió las escaleras y encontró a una viejita hilando lino.

—Buenos días, abuelita. ¿Qué haces?

—Hilando —contestó.

—¿Y qué es esa cosa que da vueltas? —preguntó.

—Un huso —respondió.

La princesa tocó el huso, se picó un dedo y cayó dormida como todos en el castillo: los caballos en el establo, los perros en los patios, el fuego en la cocina... La cocinera se quedó con la mano extendida hacia un niño, la criada no terminó de desplumar a la gallina... y el viento se adormeció.

Alrededor del castillo empezó a crecer y crecer un seto de espinos que ocultó el castillo.

Pasaron cien años hasta que llegó al seto espinoso el hijo de un rey. Apenas tocó las espinas se transformaron en rosas y un camino se abrió ante él. Así, el príncipe llegó hasta el castillo. Caminó y caminó viendo a la corte dormida hasta que descubrió la torre donde estaba la princesa. Cuando la vio, no pudo resistir darle un beso que la despertó. En ese instante, el rey, la reina y toda la corte despertaron también.

El príncipe y la Bella Durmiente celebraron sus bodas con una gran fiesta a la que asistió todo el mundo, incluyendo a las trece hadas y fueron muy felices. Y colorín, colorado, este cuento se ha terminado.

